



En la década de los años 30 del pasado siglo XX, ajeno a lo que ocurre a su alrededor, Dámaso, un campesino de un pueblo de Badajoz, lucha por salir de la miseria en una región en la que las tierras son propiedad de los señores y las gentes se mueren de hambre. La guerra trastocará para siempre su existencia, y se verá obligado a huir, mientras su familia sobrevive a duras penas.

Treinta años más tarde, su hijo Manuel, obrero en una fábrica vizcaína, toma parte activa en la que, a la postre, sería la mayor huelga que tuvo lugar durante el franquismo. En consecuencia, será deportado a Extremadura, donde buscará a la familia cuya existencia ignoraba hasta aquellas fechas, y descubrirá lo que realmente ocurrió con sus padres y hermanos.

En esta ocasión, Toti Martínez de Lezea nos sorprende con una descarnada historia sobre una época dura donde imperó el miedo y la crueldad, y que es preciso no olvidar.

Canción última

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto
adónde fue llevada
con su desierta mesa
con su ruinoso cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevantá la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.
Será la garra suave.
Dejadme la esperanza.

MIGUEL HERNÁNDEZ GILABERT, 1910-1942

Al igual que todo el mundo, había oído hablar de las sacás nocturnas, paseílos los llamaban otros. Llegaban en la noche y se llevaban a alguien de quien no volvía a saberse más, así que no le extrañó ver los cuerpos de dos hombres medio ocultos entre la maleza, los rostros deformados por los golpes, las manos atadas a la espalda, un disparo en la sien. La muerte se había convertido en algo natural si bien, hasta ahora, nunca había visto el cadáver de un asesinado, y observó aquellos dos con curiosidad, sin emoción. Quizás, en cualquier momento, vinieran a por él, y se preguntó cuál sería su reacción llegado el caso. Se imaginó despertándose en medio de la noche a causa de los golpes en la puerta para encontrarse con un grupo de hombres armados, tal vez incluso conocidos, que lo sacaban a la calle con violencia, lo llevaban después a un descampado y le pegaban un tiro, o dos. ¿Suplicaría? ¿Rezaría? ¿Gritaría? ¿O solo esperaría a que todo acabara? Lo ignoraba. Ambos tenían los ojos abiertos y parecían mirar al cielo, sin miedo, tranquilos. ¿Sabían lo que les esperaba? Dejó de hacerse preguntas para las cuales no tenía respuestas y fue en busca de una pala; cavó dos tumbas durante largo rato, arrastró los cuerpos hasta los agujeros y procedió a enterrarlos, colocando a continuación un pequeño montículo de piedras sobre las improvisadas sepulturas. Después, hizo la señal de la cruz y continuó labrando su pequeña huerta junto a una acequia.

El calor apretaba con fuerza, y gotas de sudor empapaban el rostro imperturbable de Dámaso, quien empujaba el arado tirado por una mula a la que su anterior dueño había llamado «Albina», quizás porque en algún momento fuera blanca. El animal se había quedado con el apelativo aun habiéndose transformado en una acémila de color incierto, tirando a gris, más que nada porque la suciedad se había adherido a su cuerpo formando una segunda piel. Pese a su triste aspecto, la crin pegada a la cerviz, la cola mustia, «Albina» tenía unas patas robustas y era capaz de avanzar durante horas sin vacilaciones. Había invertido en ella lo ahorrado como bracero durante los últimos seis años a fin de contratarse como yuntero y ganar algo más, aunque no fuera demasiado, pero al menos lo hacía sentirse más libre. Además, con ayuda de la mula, tenía intención de labrar «La Morena», el pequeño terreno heredado de su padre, donde cultivaría cereales y verduras para abastecerse y vender en el mercado, aunque eso le llevara un tiempo. Su trozo de tierra, sin cultivar desde hacía años, era más bien un pedregal y pasaba más tiempo recogiendo piedras que haciendo surcos. Mientras, se alimentaba de castañas, nueces, bayas, huevos de su media docena de gallinas y liebres guisadas, cazadas a riesgo de verse detenido ya que, para atraparlas, debía internarse en la finca del conde. Era la única vida que recordaba desde chaval: silencioso tras el padre en la caza furtiva que alegraba el rostro de la madre si había suerte. Migas si no la había, migas para desayunar, comer y cenar, con pimentón y acompañadas de huevos, a veces de algo de panceta.

De todos modos, era inútil. Nada de lo que hiciera lo sacaría de la miseria, siervo había nacido y siervo moriría. Solo. Por culpa de unos malnacidos, había desaparecido su único anhelo en la vida: la niña de largas trenzas que le robó el corazón a los quince años, ahora moza de dieciocho, cuatro menos que él. Aunque, si se detenía a pensarlo, su chamizo de una planta y un solo espacio, sin ventanas y por cuyo tejado hecho de ramas se colaba el viento, tampoco era el lugar más apropiado para llevar a vivir allí a una mujer crecida en casa de ladrillo.

Se prendó de Lucía el día de la Virgen, durante la fiesta del pueblo; la invitó a bailar un pasodoble, y ella aceptó sin vacilar. Se perdió en su mirada, igual a una noche estrellada; en la sonrisa que dejaba ver unos dientes que a él le parecieron perlas; en los cabellos trenzados que imaginó sueltos, desbordando sus menudos pechos. No prestó atención a los padres de ella, Aquilino el Gallo, así apodado por su chulería, encargado de la bodega del conde, y de su mujer; ambos querían para la hija un buen partido que beneficiara a la familia. Tampoco se fijó en que Aquilino el Gallito y Eulogio el Pollo, los hermanos de la muchacha, no les quitaban la vista de encima. El mayor salió disparado hacia ellos en cuanto observó que tenían intención de continuar bailando; la asió por un brazo y la sacó del círculo. El ademán no pasó desapercibido para algunos espectadores, en especial para las comadres, que contemplaron cómo él, el hijo del Mengua, se retiraba del centro de la plaza, sorprendido por lo violento de la situación y sin prestar atención a las miradas de algunas mozas deseosas de ocupar el puesto de la niña de las largas trenzas vestida de blanco.

La manifiesta oposición de los Gallos a una relación indeseada no hizo sino aumentar el deseo de ambos. Intercambiaban miradas en la iglesia, durante los festejos, los días de mercado, en cualquier ocasión que se les presentara. Y comenzaron a verse a escondidas junto al río, ocultos

entre las cañas, en la ermita, en lo alto del cerro. Eran encuentros inocentes, hablaban y hacían proyectos. Lo más lejos que llegaban era a cogerse de la mano hasta que, por fin, sus labios se unieron, y ambos tuvieron que hacer un gran esfuerzo para controlar la necesidad de entregarse al deseo que los agujijoneaba. Unos días más tarde, el *Gallito* y el *Pollo* lo esperaron en un recodo del camino entre la alquería y el pueblo. Lo apalearon sin mediar palabra hasta dejarlo tirado en el suelo hecho un guiñapo ensangrentado. Solo entonces Aquilino dijo algo:

—Date por muerto si vuelves a acercarte a nuestra hermana.

Casi arrastras, llegó a su destartalada vivienda donde, antes de perder el sentido, logró tumbarse en la cama, el único mueble de cierta calidad que su madre había aportado al matrimoniar. Con varias costillas rotas y una pierna descalabrada, le llevó semanas recuperarse de la paliza. El mozo de buena planta, alto y musculoso de tanto acarrear y darle a la azada, se quedó en los huesos al no poder salir a cazar ni a aprovisionarse de lo más elemental, excepto de los huevos del gallinero que comía crudos, incapaz de hacer leña para encender la lumbre. Quizás otro habría muerto de inanición, pero él resistió, aunque su carácter, de habitual retraído pero amable, sufrió un gran cambio. Postrado la mayor parte del tiempo, dolorido, los ojos fijos en la techumbre, sin que nadie del pueblo se interesara por saber qué había sido de él, rememoraba una y otra vez los golpes recibidos, la humillante vejación, y un sentimiento hasta entonces desconocido germinó en su interior: el odio.

No volvió a verla durante todo un año. Poco a poco se repuso de sus lesiones, aunque le quedó una cicatriz en la mejilla y una cojera en su pierna derecha, consecuencia de la rotura mal soldada de la tibia, si bien dicho percance lo eximió de incorporarse a filas, lo cual fue un alivio. El servicio militar duraba tres años para quienes no tenían dinero

para pagar la exención, y había escuchado algunos rumores sobre una guerra, en un lugar llamado África, a la que seguro lo habrían enviado. Recuperó la fuerza a base de ejercitarse cortando troncos, dando largas caminatas y cavando en el pedregal, si bien su mirada se volvió sombría y dura. Fue entonces cuando decidió comprar una mula y acudió a la feria de ganado que tenía lugar en Albuquerque. Allí la vio de nuevo, custodiada por padres y hermanos, y el corazón le dio un vuelco, sin que un solo músculo alterara sus facciones. Ella también lo vio y, tras una primera sorpresa, le sonrió emocionada, aunque no hizo ademán de acercarse a él y miró preocupada a sus hermanos, atentos en aquel momento a la puja por un gorrino semental que debían adquirir para la cabaña del amo. Cuatro días después, cuando la tarde comenzaba a declinar, ella se presentó en «La Morena». No hablaron; yacieron juntos hasta desfallecer y, al igual que había llegado, la joven se marchó en cuanto escucharon la campana de la torre de la iglesia llamando al rosario. Lo mismo ocurrió un par de veces más, hasta que ella ya no volvió a presentarse. Pensó que algo la habría retenido, un resfriado, la visita de algún pariente, pero empezó a preocuparse tras dos semanas sin verla. Decidió averiguar el motivo de su ausencia y fue a casa de una hermana de su madre, la tía Eusebia, que conocía a pies juntillas todo lo que ocurría en el pueblo y quien, por cierto, tampoco se había preocupado por saberlo vivo o muerto. Su relación era más bien inexistente, y no se molestó en contarle lo ocurrido meses atrás achacando la cojera a una mala caída. La mujer no preguntó cómo se las había arreglado él solo, le sirvió un dedo de licor de bellotas de una garrafilla colocada cual objeto valioso sobre un tapete de ganchillo y le habló del evento que tenía excitados a los vecinos: la próxima boda del señor conde de Abejarones.

—Será el domingo, y todo el pueblo está invitado ya que la novia es una joven de aquí... —y, al ver que él no parecía interesado en saber el nombre de la afortunada,

añadió—: Lucía la *Pollita*, la hija de Aquilino el *Gallo*.

Solo alguien muy perspicaz habría percibido que sus ojos se achicaban hasta casi desaparecer y que se tensaban los músculos de su mandíbula.

—Cierto que el señor peina canas, pero quiere un heredero y, bueno, en la noche todos los gatos son pardos. Lo importante es tener el futuro asegurado —prosiguió la mujer—. Además, hombre con experiencia y fortuna vale más que garañón joven y pobre. Según se rumorea, el *Gallo* dejará la bodega y se ocupará de la administración de la finca. Ahora habrá que llamarlo don Aquilino, y ¡ni te cuento lo que él y la Marcela van a presumir! Todavía me acuerdo de cuando ella cargaba con las lecheras para vender la leche de casa en casa. Y esos dos hijos que tienen que no valen para nada si no es para andar de jarana. Seguro que también salen beneficiados con la boda, porque todo el mundo sabe que...

Eusebia continuó hablando, pero él ya no la escuchaba. El odio hacia los *Gallos*, apaciguado, casi olvidado, durante el breve tiempo en que Lucía había vuelto a él, resurgió con tal fuerza, que incluso le cortó la respiración. Así pues, la habían vendido a un viejo rico a cambio de provecho. ¿Y ella? ¿Por qué había aceptado? ¿Por qué no había huido? ¿Por qué no lo había buscado? Se habrían marchado de aquel maldito lugar, propiedad del amo a quien todos servían menos él. Cogió la garrafillo de licor, salió de la casa sin atender a las voces de la mujer que lo acusaba de ladrón y amenazaba con denunciarlo al alguacil y regresó a la alquería decidido a beberse hasta la última gota, aunque luego durmiera la mona durante dos días. No le dio tiempo; ella apareció tras el primer trago. Sin una palabra, la llevó al lecho, la desnudó con manos nerviosas y la amó hasta las lágrimas con furiosa desesperación. Colmado, al tiempo que, destrozado por el desaliento, solo hizo una pregunta al derrumbarse a su lado:

—¿Por qué?

Por acatar el deseo de la familia, para evitar que el padre perdiera el trabajo, fue la respuesta. Porque el amo se había encaprichado de ella y, los dos lo sabían, no cejaría en su empeño. Prefería ser esposa respetada a barragana despreciada sin futuro alguno, confesó mirándole directamente a los ojos.

—Huyamos.

Ella sonrió con tristeza y negó con un gesto de cabeza. No tenían medios, no tenían dinero; los encontrarían antes de salir de las tierras del conde, el mayor hacendado de la región. Tampoco obtendrían ayuda; quien más o quien menos, todo el pueblo dependía de o trabajaba para el dueño. Los buscarían. A él lo matarían y a ella también, o la enviarían a un convento para mujeres descarriadas.

—Tengo que marcharme —concluyó vistiéndose a toda prisa—. Me vigilan a todas horas, y he podido escaparme porque mis padres y hermanos han ido a la casa grande, pero pronto estarán de vuelta. Adiós, querido Dámaso. Tu recuerdo me acompañará hasta la muerte.

La vio marchar con el corazón en un puño, los labios prietos, pero no intentó retenerla. Tampoco se emborrachó; cogió la escopeta y esperó por si acaso aparecían los dos energúmenos que lo habían apaleado. Esta vez no les sería tan fácil, les dispararía antes de que pudieran ponerle una mano encima. No apareció nadie por «La Morena», y se bebió el contenido de la garrafa dos días más tarde, el domingo, cuando la campana de la iglesia repicaba a boda.

Ahora, mientras empujaba el arado, alentaba a «Albina» a base de silbidos, los ojos en el suelo en busca de algún pedrusco, intentaba no pensar, aunque no lo lograba. Se imaginaba a Lucía yaciendo con el amo, a quien él había visto en una ocasión, chaval todavía. El hombre ya era viejo para entonces, o eso le pareció, y pasaba la mayor parte del año en la capital. Lo observó con curiosidad al dirigirse a la iglesia para tomar parte en la procesión del Domingo de Ramos, flanqueado por el alcalde y el párroco. Saludaba

con gesto benevolente a los campesinos, sus vasallos, que se quitaban la gorra en señal de respeto a medida que avanzaba, su padre incluido. Para su sorpresa, y la de los demás, se detuvo al llegar a su altura.

—Me alegra verte *Menguao* —saludó—. ¿Es este tu chaval? Enséñalo bien.

Le pasó la mano por la cabeza, y él tuvo la misma sensación de repelús que el día en que aplastó una babosa sin querer.

—¿De qué lo conoces? —preguntó después al padre.

—Trabajo para él, ¿lo has olvidado?

—¿Y por qué no ha hablado con los demás?

—Maté a un lobo que se abalanzó sobre él durante una partida de caza.

—¿Y qué te dio en recompensa?

—Me cedió «La Morena».

Nunca más hablaron del asunto; era cosa pasada. No obstante, resultaba curioso que lo único que poseía en este mundo fueran una barraca que se caía de vieja y algo más de siete peonadas de tierra pedregosa gracias al hombre que ahora también era dueño de quien él consideraba su legítima mujer.

Un año después de la boda de Lucía, Dámaso contrajo matrimonio con Jacinta, viuda y unos años mayor que él, que aportaba una criatura de cinco años y la no desdeñable cantidad de tres mil pesetas, herencia de su difunto, tratante de caballos. El hombre había fallecido dos años antes al asomar una culebra bastarda en el camino y encabritarse el percherón que montaba. La mala fortuna hizo que cayera de espaldas y se golpeará contra una roca, muriendo en el acto. No solo aportaba el dinero, también la vivienda, una casa a las afueras del pueblo. Olvidado el percance de la garrafilia de licor, la tía Eusebia ejerció de casamentera, molestándose en ir hasta la alquería a ofrecer a su sobrino la mano de la viuda. Alabó su diligencia y limpieza, y no olvidó informarlo de que se ganaba sus buenas pesetas con

la costura. Omitió decirle, eso sí, que la mujer no tenía demasiadas gracias y que se había quedado sorda de un oído y medio del otro debido a las bofetadas propinadas por el tratante de caballos. Tampoco le dijo que había probado, sin éxito, con otros posibles pretendientes antes que él. No le importó comprobar que, en efecto, Jacinta era poco agraciada amén de medio sorda. A fin de cuentas, le daba igual si no podía tener a la mujer a quien amaba. Además, él tampoco estaba entero.

El enlace se llevó a cabo en una discreta ceremonia, un día de labor a primera hora de la mañana, seguido de un almuerzo a los que únicamente fueron invitados el párroco y la familia de la novia, padres y dos hermanas, con quienes, por cierto, la desposada trataba lo justo debido a asuntos viejos que a él ni le iban ni le venían. La tía, en su calidad de madrina del novio, ofreció su casa para el convite nupcial, y él le agradeció el detalle devolviéndole la garrafilla repleta de licor de bellotas y otra con aguardiente de hierbas elaborado por él mismo, que la mujer se apresuró a ocultar a fin de que no las vaciaran los invitados. La noche de bodas la pasaron en la casa del tratante, aunque la niña, María del Valle, llamada simplemente Valle, durmió en casa de sus abuelos. No hubo preámbulos, palabras tiernas, caricias. Sabían que habían hecho un trato que a ambos convenía y, por otra parte, él era callado, y ella aún más después de haber perdido el oído. Yacieron juntos como convenía y, al día siguiente, cada cual continuó con sus tareas: la mujer con la costura y el hombre en la casucha, ocupándose de la huerta, las gallinas y la pareja de gorrinos de cuatro meses adquiridos para crianza.

La vida de Dámaso cambió en muchos aspectos. Ahora tenía un hogar modesto, pero acogedor y sin goteras, comida en la mesa, ropa limpia y planchada y una criatura, a quien no tardó en adoptar como hija al ser la única persona capaz de arrancarle una sonrisa con su palabrería. No olvidaba sin embargo a Lucía e imaginaba que era ella con

quien yacía cada noche. En la oscuridad, gritaba su nombre, le declaraba su amor una y mil veces, descargaba su furia hasta caer agotado, a la par que satisfecho. Jacinta no decía nada; escuchaba en la lejanía el nombre de otra que no era ella, pero se congratulaba de que su marido alargara su acometida hasta hacerla cimbrarse de placer, algo que el tratante jamás había logrado. Nueve meses más tarde nació su hijo Evaristo. Por primera vez desde su enlace, el hombre sintió hacia su mujer algo parecido al cariño y le regaló dos varas de tela para que se cosiera un vestido dejándola muy sorprendida, pues nunca había recibido ningún obsequio, ni de él ni de nadie. Dos hijos más lo siguieron, Pedro y Herminia, y la casa se transformó en un lugar de ruidos, voces infantiles, risas y llantos.

El hombre olvidó su primera intención de ser hortelano como su padre, también dejó de contratarse como yuntero; iba lento con una sola mula vieja y no conseguía más de peseta y media por jornada, una miseria para tanto esfuerzo. La pequeña piara de guarros le proporcionaba unos dineros que compensaban la labor de criarlos. Solo tenía media docena de ejemplares más o menos al mismo tiempo; sus siete peonadas no daban para criar a más. No obstante, tras años de arduo trabajo, de incontables horas con el arado y retirando piedras, la tierra presentaba una mullida capa de hierba sobre la que podía andarse descalzo. No sabía muy bien la razón, quizás la calidad del pasto, las bellotas de las encinas plantadas por su padre en el límite de la propiedad, el agua del reguero que brotaba junto al chamizo o las hortalizas y legumbres que cultivaba para su alimentación, pero lo cierto era que sus gorrinos adquirieron una muy buena fama, y ya tenía concertada su venta incluso antes de la montanera con el administrador de «El Castriello», una finca vecina a la del conde. Por otra parte, vendía sin licencia el aguardiente de hierbas que él mismo elaboraba con un destilador rudimentario construido por su padre, hombre habilidoso donde los hubiera, siguiendo las

instrucciones de un gallego, alquilador ambulante de alambiques, que había pasado por el pueblo muchos años atrás. El comprador, el tío Atilano, era el dueño del único establecimiento de venta de bebidas, aparte de la cantina. También vendía semillas, aperos de labranza, dulces, café, tabaco, alpargatas, telas y un batiburrillo de mercaderías que hacía las delicias de grandes y pequeños.

—Ándate con cuidado —lo advirtió—. El *Gallito* va detrás de cualquiera que haga negocios a sus espaldas, y no te perdona que vendas tus marranos a otro.

—¿Y tú?

—Conmigo no se atreve. Soy el presidente del Centro Agrario, y él es solo un socio más. Tú también deberías asociarte, por cierto.

—¿Para qué?

—Para tener apoyo cuando las cosas cambien, algo que no tardará en ocurrir.

—¿Qué cosas?

—¿En qué mundo vives *Menguao*?

Se alzó de hombros y siguió a lo suyo. Hasta que, un maldito día, Aquilino y Eulogio se presentaron en la alquería.

Su relación con los vecinos era muy escasa; no acudía a la iglesia, ni tampoco a fiestas o celebraciones y llevaba tiempo sin coincidir con los hermanos de Lucía. Por supuesto, ni se le pasó por la cabeza asistir al funeral del padre de los dos hermanos, el *Gallo*, muerto por la cox de una mula cuatro años atrás. Su hijo mayor mató al animal y, desde entonces, dejó de ser «el *Gallito*» para pasar a ser «el *Mataburros*» gracias a la facilidad vecinal a la hora de poner apodos. Sí supo que había ocupado el puesto del difunto como administrador de la hacienda y lo examinó con atención, intentando reconocer en aquel hombre poco mayor que él, grueso y envejecido, al joven mal encarado que lo había dejado cojo de por vida. Eulogio el *Polio* seguía más o menos igual, siempre dos pasos detrás de su hermano.

Le costó unos minutos entender la razón de su presencia allí, y su estupor no tuvo límites. Venían a reclamar «La Morena» como legítima propiedad de don Aurelio, el amo, y exigían la devolución del terreno al tiempo que el ahora administrador blandía una hoja de papel en su mano derecha.

—¿De qué hablas? —preguntó, y sus ojos grises adquirieron un amenazante tono azul oscuro— «La Morena» es mía. El conde se la cedió a mi padre.

—No tienes el contrato de compra-venta. El señor simplemente se la cedió sin arrendamiento al *Menguao* por treinta años, y el plazo vence el mes que viene. Lo pone en este documento.

Le arrancó el papel de la mano y lo contempló durante unos instantes. No sabía leer. Hizo una bola con él y la lanzó al abrevadero de los puercos.

—Ya os estáis largando de aquí ahora mismo si no queréis dejar viudas a vuestras mujeres —dijo sin elevar el tono de voz y asiendo la escopeta apoyada junto a la puerta de la chabola.

—¡Volveremos, maldito malparido! —lo amenazó el *Mataburros*—. ¡Y seremos nosotros quiénes dejemos viuda a la puta de tu mujer!

Esperó a que desaparecieran de su vista temblando de ira y, después, corrió al pueblo. Su primera idea fue hablar con Jacinta, pero le iba a resultar difícil explicarle el asunto y no tenía ganas de ponerse a gritar, así que optó por acudir a casa de la tía y contarle lo ocurrido. Ella tenía que saber lo de la cesión del terreno, puesto que mantenía una estrecha relación con sus padres. Eusebia lo escuchó sin decir nada y, a continuación, se puso encima el mantón de salir y le dijo que lo acompañara a ver a don Anselmo.

—¿Para qué?

—Porque él sabe todo lo que pasa en el pueblo y, además, es amigo del amo.

No le hacía ninguna gracia ir a hablar con el párroco, su